

EL COBERTIZO

PABLO GUTIÉRREZ

**EL
COBERTIZO**



Primera edición: abril, 2025

© del texto: Pablo Gutiérrez, 2025

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2025

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz Parrilla (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Kadmos, S. C. L.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-10234-12-3

Depósito legal: M-5803-2025

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

PROPÓSITO

La realidad es. La realidad existe y no duda de sí. El atributo de la realidad es su existencia. La realidad no conoce el pasado, se nombra y a continuación ocurre. El pasado ni se acerca a ella, ni la roza ni aletea. Pasado y realidad son una antonimia. Para que el pasado sea un actor de la realidad, es imprescindible la confianza de quien discute, la benevolencia. La confianza es un engaño voluntario, juego de identidades, faltar a esa confianza significa adueñarse de la realidad en un acto de guerra. El conflicto es el pasado, que no tiene residencia ni sustancia, no hay alacena ni diario ni recuerdo ni fotografía ni frase que lo conserve.

La realidad, en cambio, es; y se desvive siendo.

1

Siempre fueron hermanos bien avenidos. Confiaban en la palabra del otro y en la fuerza de la sangre, alguna escaramuza de chicos, cierto malentendido ya de hombres, la misantropía de Jaime (su vocación de ermitaño) enfrentada a la moralidad de José (militancia comunista): nada que no se resolviera con un vaso de vino al final de la jornada.

Cuando hubo que repartir la herencia hicieron tres partes, una para cada hermano y la tercera para ambos, pequeña fortuna conjunta con la que comprarían un terreno compartido, como recién casados. Se pusieron de acuerdo en un baldío a buen precio, alejado de la carretera principal pero allanado y con boca de riego, suficiente. Las fincas se malbarataban, era la oportunidad de tener una casa de campo con jardín y frutales, por qué no un huerto, por qué no una piscina, acaso los obreros no merecen el privilegio del cloro y el azulejo. Construyeron el cercado sin la ayuda de ninguna cuadrilla, equivocándose con la cota y la plomada, novatos, autoexplorándose. De lunes a viernes los turnos de la fábrica no daban respiro, pero el sábado volvían a madrugar y se calzaban las

botas de faena, bajo el mandato de sí mismos. Al terminar la linde ya no quedaban ni fuerzas ni ganas para seguir con la medianera, de qué tienes que esconderte si eres mi hermano, bromeaba José mientras se servía otro vaso, sentado en el estribo de la furgoneta. Con los ladrillos sobrantes hicieron arriates y alcorques donde plantar los frutales soñados y los hibiscos legítimos, sobre dos arcos de madera dejaron crecer las glicinas como en un cenador de princesas y luego marcaron el límite con hilo de alambre, será suficiente con esta frontera, ¡y en medio un vergel!, ¡una jungla!, rieron y chocaron los vasos, dos hermanos como nosotros no necesitan ninguna clase de muro que los separe, la mano de José sobre el hombro de Jaime, la fraternidad, el buen augurio.

Lindes de un metro ochenta y cancela de dos hojas, la finca ya existía: lo celebraron almorzando debajo de una malla levantada sobre cuatro varas, Jaime hizo arroz de campaña en un quemador, los niños acabaron tan sucios como si se hubieran revolcado por el barro, habrá que sembrar la grama para civilizar esto, excavar un pozo, comprar un motorcillo de bombeo y esconderlo debajo de una losa, de lunes a viernes no pasa ni un alma, yo seré un perro guardián, dijo Jaime, ¡me vendré a vivir aquí, a un cobertizo! Qué te vas a venir, si esto está lejos, repuso José. Media hora, de camino escucho la radio y me entero de lo mal que va el mundo. O te avisa el locutor si empieza la revolución obrera. Seguro, rio Jaime.

La radio-fetiché de Jaime siempre estaba encendida, como un grillo en verano. La colgaba de una guita mientras seguía bregando con las gallinas, con las cabras, con el sulfato, podando las cuatro cepas de las que nunca consiguió sacar ni una arroba de mosto. Carmen le llevó al hospital un transistor

y unos auriculares para que las horas no se le hicieran tan largas, qué lástima del tío Jaime, acabó muriéndose de aburrimiento, sin su campo y sus animales.

–El tío Jaime se murió de beber. Y de trabajar como un mulo –enfrentó Manuel.

Sentado en una silla de plástico, una silla de Pepsi desapareja que nadie recordaba cómo había llegado allí (tal vez la robó Dani, tal vez la encontraron en la basura), Manu dejaba caer las palmas sobre los muslos, los tendones flexores sobresaliendo como raíces. Manuel, cuarenta años, el cuerpo robusto de quien briega con las manos, dos hijas, quince y trece, nómina, deudas, una separación, un juicio, una pensión alimenticia que no alcanza a pagar todos los meses, el compromiso, las ideas y la tenacidad de una cultura obrerista asimilada a través de su padre, el credo de aquella casa era la lucha de clases, pero sin teoría exculpatoria, sin personalismo ni mitificación, una lucha original sostenida sobre el rencor y los madrugones.

–El tío Jaime había perdido la cabeza.

–Calla, te va a oír papá.

–Tenía todos los papeles vencidos, el seguro, el sello, la contribución. La casa llena de botellas, y de comida echada a perder. Siento mucho que...

–Parece que estás dándome el pésame, Manu.

–Quién se va a encargar ahora de los animales, del coche, de las herramientas... Todo lo tendré que hacer yo, como siempre.

Carmen desenredó la goma para regar las jardineras. Vestido de verano, el pelo atado en una cola. Seguía pareciéndose a la niña de la fotografía que colgaba en la sala, los tres sobre el murete del porche, en bañador, la piel bruñida.

No habría manera de reconocer a Manu, tampoco a Dani, pero Carmen era la misma, como si hubieran agarrado a la niña de la foto y le hubieran estirado los brazos y las piernas para convertirla forzosamente en una mujer adulta. Carmen, casi cuarenta, la ligereza de un cuerpo lleno de ángulos, los huesos largos, un hijo, siete, las obligaciones del trabajo y la crianza, la pequeña angustia (no demasiada) de una juventud que ya se ha ido, también la risa contagiosa, la broma, el saludo de campanillas cada vez que entra en el aula, el afecto con el que se inclina a la manera oriental para hablar con un alumno recién llegado, aquel profesor de reemplazo que apareció por el instituto y con el que tuvo una aventura indecorosa, un par de meses de romance, un descuido, un bebé creciendo dentro de ella, profesor infiel que se marchó al terminar el curso, regresó a su ciudad lejana y a la novia de siempre, intercambiaron algunos mensajes, él supo que estaba embarazada, inquirió con angustia, Carmen le aseguró que el bebé no era suyo, fingiendo una mundanidad que no le correspondía, y siguió adelante con el estoicismo del desamor consciente, no me conviene, no volveré a saber nada de él, pero a cambio tendré el tesoro de un bebé precioso.

–Un hombre sin familia se consume.

–Nosotros éramos su familia.

–Una familia propia. Que te obligue a ahorrar y a preparar la cena.

–A ti te quería mucho. Confiaba en ti. Siempre te pedía ayuda para...

–Para echar un jornal a cambio de nada. El tío Jaime se aprovechaba. ¿Cuántas veces le dije que contratara a alguien? A los dos, que ya no tenían edad para darse esa paliza.

–Era su manera de estar juntos.

–Ni siquiera se hablaban, Carmen.

–¡No iban a contarse intimidades! ¡Dos hombres de esa edad!

–Cogían la azadilla y arrancaban las malas hierbas sin mirarse a la cara.

–Le encantaba bañarse contigo en la piscina. Y con Dani. Construyó la piscina sólo para vosotros.

El agua rebosaba de las jardineras. Manu cerró el grifo y ayudó a Carmen a enrollar la goma, haciéndola pasar por el codo.

–Dani va a venir este fin de semana.

–¿Qué quieres que sea esto, otro funeral?

–A papá le vendrá bien.

–Papá no quiere ni verlo.

–Ahora vive con una chica. Lo llamé por lo del tío.

–Y no vino ni al entierro ni a la misa.

–Mira, yo quería que estos días fueran algo así como...

–Una encerrona.

–... una reconciliación.

–El hijo pródigo que vuelve al hogar.

–Deja el cinismo, Manu.

–¿Esto es cinismo o es sarcasmo? Dímelo tú, que eres la profesora.

–Piensa en papá. No sabemos cuánto le queda.

–Diez años. O veinte. O más. Es un hombre fuerte.

–O ninguno.

Manu se dio unos segundos antes de responder. La figura de Dani se materializaba delante de sus ojos, el recuerdo.

—¿Y una comida familiar va a arreglarlo todo? Esto no es el patio de tu instituto, donde unos chavales se pelean y tú los separas y les dices que hagan las paces. Venga ya.

El café ya estaba frío. Mañana de verano, el campo amarilleando detrás de los caminos, un viento ligero movía los tallos silvestres allá en las pistas de tierra que llevaban a la finca, las cunetas sucias de plásticos y restos de poda.

—En Navidad me preguntó por él. Que si lo había visto, que si hablábamos.

Manu recogió los platos y cruzó el brazo delante del pecho de su hermana. Apoyó la frente sobre su nuca, conciliador. El cuello de Carmen, tibio. Apareció José en el vano. Buenos días, buenos días. Manu lo miró con asombro: su padre no podía ser ese anciano que arrastraba los pies, su padre era el hombre laborioso que armaba un andamio para arreglar el tiro de la estufa, el que se subía a una escalera de tijera, el que peleaba contra el noticiero, asistía a las reuniones del partido, no faltaba al primero de mayo, volvía de la imprenta con los pasquines debajo del brazo, leía *Mundo Obrero*, discutía en la fábrica con el resto de oficiales. El paso del tiempo es una forma de alienación, la captura de la identidad.

—De qué habláis tan temprano.

Manu besó a José en la barba áspera, el olor de la sábana en la piel.

—¿Cómo has dormido?

—Bien. Es en el piso donde no pego ojo.

—Siéntate —dijo Carmen, solícita—, aprovecha este poquito de paz antes de que se despierten las fieras.

–Las fieras, dices. Vosotros sí que erais fieras de chicos. Estos tres son unos cachorros. Está gracioso tu Robe. Anoche me preguntó si yo era monárquico o republicano.

–¿Eso te dijo? ¿Y qué contestaste, papá?

–Que republicano, por sentido común, por amor propio y por tradición. ¡Y el crío me viene con una historia de senadores romanos! ¡Es un diablo, lo que sabe! Las cosas que le enseñas no son de su edad, Carmen. Se aburrirá en el colegio.

–Se aburre un poco. Por la noche tengo que reñirle para que apague la luz.

–Necesita un hermano.

–Papá...

–No está bien que un niño crezca solo.

–No está solo. Me tiene a mí, tiene a sus primas, os tiene a vosotros, tiene a sus amigos.

–Los amigos van y vienen. Un hermano no falla.

Carmen se incorporó, las escápulas moviéndose como las varas de un compás. Manu regresaba de la cocina con el vaso donde su padre tomaba el primer café de la mañana, el mismo vaso desde hacía treinta años, de cristal verde, pasado de moda, reliquia. Cuando amueblaron la casa compraron un juego de varias piezas que se fueron rompiendo una tras otra (un descuido, un manotazo en una discusión) hasta que apenas quedó el vaso superviviente, cáliz.

–Descafeinado. ¡Por eso te has ido tan rápido a la cocina, para que yo no lo vea!

–Papá.

–Siempre ocultándome cosas.

–No te ocultamos nada.

–Murmurando a mis espaldas.

Pausa. Carmen suspiró y se ajustó el pelo detrás de las orejas.

—Ayer hablé con Dani. Le dije que pasaríamos aquí el fin de semana. Para hablar y arreglar las cosas del tío, le dije. Igual viene. Yo creo que sí, que vendrá.

José, hombre alto y armónico. Carmen había heredado de él la largura del hueso y la belleza distante, europea. Podría haber sido diplomático, actor de teatro o profesor de universidad, y ya no era más que un anciano con la camisa del pijama abierta. Frisando los ochenta, capataz jubilado de una fábrica de fertilizantes, comunista pragmático que no quería saber nada de la revolución cubana, de la causa palestina ni del guerracivilismo, sus ideas eran puras y verdaderamente colectivistas, comunismo de cercanía y aplicación inmediata sin la mediación de poetas, cantautores ni intelectuales, comunismo de Fourier y Saint-Simon, la poesía debería dedicarse a otros asuntos, pensaba, la poesía es cosa de los ríos y del mar y de un amor lejano y un otero y una higuera, si hubiera estado en su mano no sólo habría colectivizado la fábrica y el depósito sino también la panadería, el colegio, el mercado y el cine, habría colectivizado cada cosa y luego habría repartido cuotas de propiedad en función del mérito y el esfuerzo, José admiraba el esfuerzo singular por encima de todo, el individuo que se siente responsable de sí delante del grupo, José creía en un comunismo orientalizante, su corazón aristocrático lo volcaba en la jardinería y en los vinos generosos, la muerte de su mujer fue una lanzada de la que se recuperó para cuidar de los críos, la muerte de su hermano fue la hoja del samurái que se hunde en el estómago y gira.

—¿Vendrá a comer?